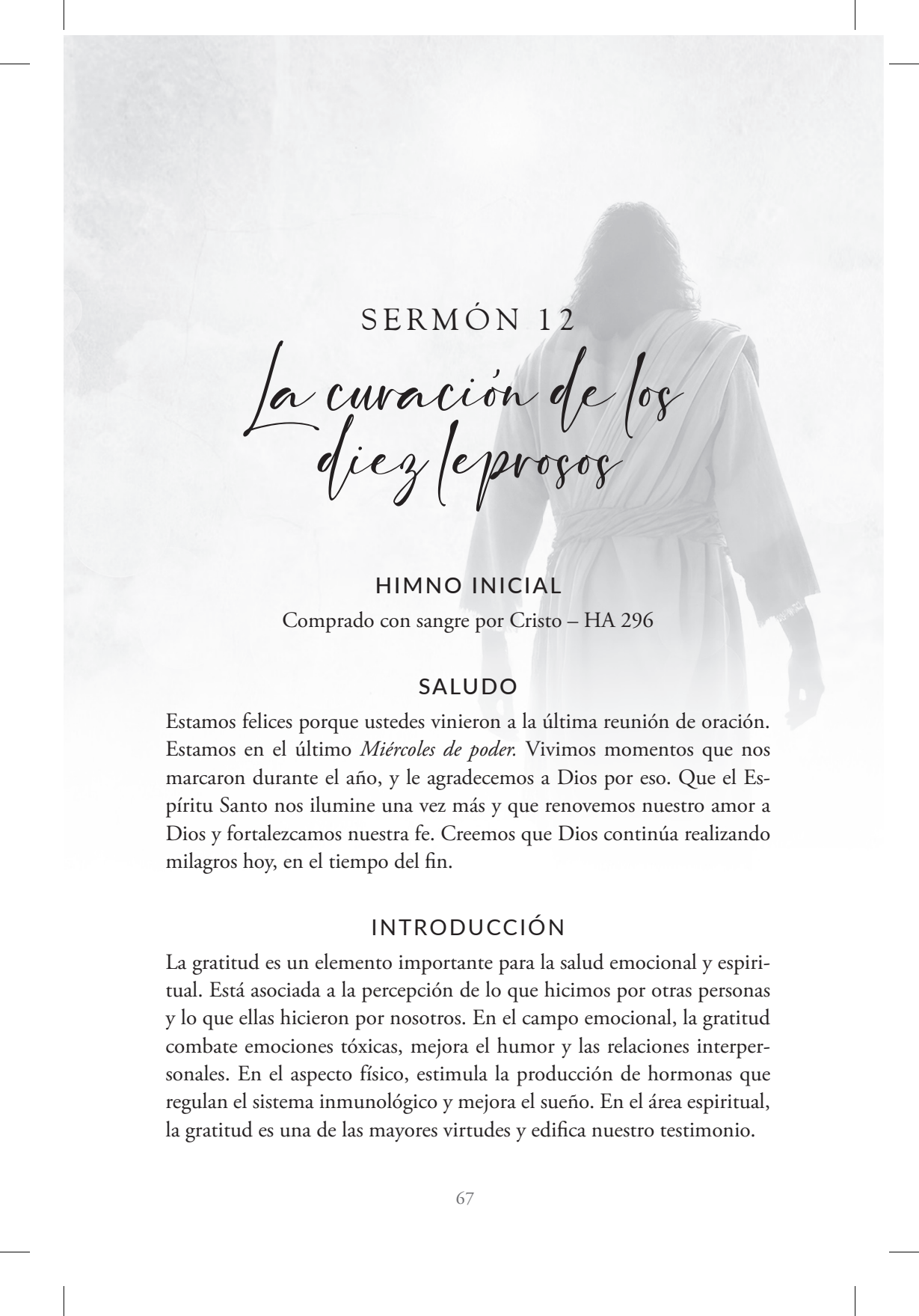




SERMÓN 12

La curación de los diez leprosos

HIMNO INICIAL

Comprado con sangre por Cristo – HA 296

SALUDO

Estamos felices porque ustedes vinieron a la última reunión de oración. Estamos en el último *Miércoles de poder*. Vivimos momentos que nos marcaron durante el año, y le agradecemos a Dios por eso. Que el Espíritu Santo nos ilumine una vez más y que renovemos nuestro amor a Dios y fortalezcamos nuestra fe. Creemos que Dios continúa realizando milagros hoy, en el tiempo del fin.

INTRODUCCIÓN

La gratitud es un elemento importante para la salud emocional y espiritual. Está asociada a la percepción de lo que hicimos por otras personas y lo que ellas hicieron por nosotros. En el campo emocional, la gratitud combate emociones tóxicas, mejora el humor y las relaciones interpersonales. En el aspecto físico, estimula la producción de hormonas que regulan el sistema inmunológico y mejora el sueño. En el área espiritual, la gratitud es una de las mayores virtudes y edifica nuestro testimonio.

DESARROLLO

En su ministerio terrenal, Jesús siempre encontró necesitados, enfermos y oprimidos. En todas las ocasiones, él cambió la vida de los que pidieron su ayuda, incluso en la cruz (Luc. 23:42, 43). El episodio con los diez leprosos es una lección sobre gratitud y a la vez sobre la indiferencia. Veamos la descripción de ese hecho en Lucas 17:11-19.

“Yendo Jesús a Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea. Y al entrar en una aldea, le salieron al encuentro diez hombres leprosos, los cuales se pararon de lejos y alzaron la voz, diciendo: Jesús, Maestro, ¡ten misericordia de nosotros! Cuando él los vio, les dijo: Id, mostraos a los sacerdotes. Y aconteció que mientras iban, fueron limpiados. Entonces uno de ellos, viendo que había sido sanado, volvió, glorificando a Dios a gran voz, y se postró rostro en tierra a sus pies, dándole gracias; y este era samaritano. Respondiendo Jesús, dijo: ¿No son diez los que fueron limpiados? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No hubo quien volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero? Y le dijo: Levántate, vete; tu fe te ha salvado”.

Jesús estaba de viaje hacia Jerusalén. El camino del valle del río Jordán era el más seguro y usado entre los judíos. Pero, en vez de seguir hacia el sur, yendo directamente a Jerusalén, Jesús eligió pasar por Samaria y Galilea (Luc. 17:11). Jesús tomó el camino hacia el este, que llevaba más allá del Jordán y a la región de Perea. Jesús y los discípulos estaban en una región abierta, fuera de las ciudades donde había pequeñas aldeas. Allí vivían personas excluidas de la convivencia social por sus enfermedades físicas o espirituales.

Algunos habitantes de esas pequeñas aldeas eran judíos que, de una u otra forma, ya habían participado del culto y de la religión judía. Pero les ocurrió alguna tragedia que los relegó al olvido por parte de las autoridades religiosas de Jerusalén. Prácticamente nadie pasaba por el camino que llevaba a esa aldea de leprosos, pues, si entraban allí, los judíos también serían considerados contaminados e impuros. Pero Jesús modificó su trayecto y, a propósito, fue al encuentro de los que estaban abandonados y dejados a su propia suerte, lejos de los familiares, no pudiendo

abrazar al cónyuge o a los hijos, ni conversar con ninguno de ellos. Tener lepra era como estar muerto en vida.

“Y al entrar en una aldea, le salieron al encuentro diez hombres leprosos, los cuales se pararon de lejos” (Luc. 17:12). Note que los leprosos, al pararse lejos de Jesús, cumplieron los requisitos de la ley. Esta ordenaba que ellos mantuvieran una distancia mínima de quince metros de una persona (Lev. 13:13). La recomendación de aislamiento de los leprosos (hace más de 3.000 años) refleja la sabiduría de Dios, aun antes de haber una ciencia médica avanzada con conocimiento de microbiología.

La ley judía los consideraba inmundos (Lev. 13:45). Ellos habían sido separados de la sociedad y vivían fuera de la ciudad (Lev. 13:46). La lepra era una enfermedad incurable. Los leprosos estaban enfermos y necesitaban asistencia. Seguramente tenían familia y amigos, pero ahora nadie podía ayudarlos. Andaban en grupo para intentar disminuir el dolor y apoyarse unos a otros. Solo un leproso comprendía y cuidaba de otro leproso. Además, los leprosos convivían con la discriminación, con el sentimiento de impureza física y espiritual, de ser pecadores alcanzados por la maldición divina. Esa era una carga pesada que ellos llevaban con mucho dolor.

Jesús se encontró con esa realidad. Al ver a Jesús, los leprosos tuvieron un rayo de esperanza. Reconocieron la autoridad de Jesús y buscaron su misericordia: “Jesús, Maestro, ¡ten misericordia de nosotros!” (Luc. 17:13). El grito de ellos exteriorizaba la desesperación y el dolor físico, mental, social y espiritual que experimentaban. Y a los gritos le imploraban al Maestro que tuviera compasión de su condición. Al verlos en tan humillante situación, el Maestro se compadeció: “Id, mostraos a los sacerdotes. Y aconteció que mientras iban, fueron limpiados” (Luc. 17:14). La ley establecía que, al ser curado, un leproso debería presentarse al sacerdote (Lev. 14:2).

Al recibir la orden de Jesús, nada sucedió, pero ellos actuaron por la fe, confiando en la palabra de Cristo y se dirigieron al lugar donde estaban los sacerdotes. Los diez leprosos partieron estando todavía enfermos, creyendo que, de alguna forma, serían liberados del cautiverio en el

que se encontraban. Ellos obedecieron y, por el camino, vieron que estaban limpios. Dos puntos se destacan aquí: 1) Fe en la palabra de Cristo. 2) Obediencia a su orden. La fe y la obediencia son esenciales para que se obren cambios, para desarrollar la fe y para recibir las bendiciones de Dios de manera plena.

Mientras caminaban, el milagro ocurrió. Ellos se presentaron al sacerdote, hicieron todo lo que la ley prescribía y la ceremonia que el sacerdote debería hacer. Fue constatado: todos estaban sanos de la lepra. Como los sacerdotes los habían declarado inmundos, ahora solo los sacerdotes podían declararlos limpios (Lev. 14:2-4).

Aunque estaba lejos del lugar donde estaba Cristo, uno de los leprosos decidió volver para expresar su adoración y gratitud por el beneficio que había recibido. “Y se postró rostro en tierra a sus pies, dándole gracias” (v. 16). Jesús, entonces, preguntó por los otros: “Y los nueve, ¿dónde están? (Luc. 17:17). Los otros nueve supieron recibir, pero no supieron agradecer. Hoy no es muy diferente. Algunos solo saben recibir. Es importante saber agradecer. Jesús elogió la actitud del samaritano que volvió. La humildad y la gratitud son marcas de la salvación. Los otros nueve judíos fueron ingratos. Esos leprosos fueron resucitados por Jesús, traídos de vuelta a la vida, a la familia y a la sociedad. Pero rápidamente se olvidaron. Muchos, como ellos, piden las bendiciones de Dios, y cuando las reciben, no agradecen.

De esa historia aprendemos lecciones importantes:

1. El Señor se desvía de su camino para encontrarse con nosotros donde la tragedia nos arrojó. Él fue hasta la región específica de los leprosos, se acercó y los sanó. Por lo tanto, no hay tragedia demasiado grande o enfermedad demasiado contagiosa que aparte al Salvador de nosotros.
2. La doble acción de escuchar la Palabra de Dios y obedecer, sin tener la evidencia concreta de lo que fue solicitado, resultó en la curación. La fe viva está acompañada de obediencia.

3. Debemos atender a los excluidos de la sociedad, de la familia y tal vez de la iglesia, sin prejuicios. Aquí se incluye a los adictos a las drogas, a las prostitutas, a los criminales, a los homosexuales, a las personas con SIDA, etc. La compasión, la empatía y el recibimiento mueven al cristiano como movieron a Cristo.

LLAMADO

Evalúe si usted es el tipo de persona que tiene el hábito de agradecer lo que tiene, o recibe, o lo que todavía no tiene. Obediencia, fe, confianza y servicio andan de la mano con la gratitud. Que usted haga buenas elecciones el próximo año, de las cuales sea agradecido. Que valore y agradezca a las personas que contribuyen a su bienestar físico, mental y espiritual mientras están a su lado. Que Dios continúe bendiciendo y guardando su vida, todos los días.

HIMNO FINAL

Dulce oración – HA 376

ORACIÓN FINAL

¡Conozca más! Lea Mateo 15:29-39, y la obra de Elena de White: *El Deseado de todas las gentes*, p. 371. Capítulo 44: La verdadera señal; y otra obra de Elena de White: *El ministerio de curación*, p. 64. Capítulo: Salvados para servir.

[illegible]